

EL CAMINO DE JESÚS A JERUSALÉN LA PRIMERA CUARESMA

Charla de José Antonio Badiola en la parroquia de San Cristóbal de Vitoria, el lunes 12 de febrero de 2018.

Buenas tardes y bienvenidos a este encuentro que tiene por objetivo preparar el tiempo de cuaresma.

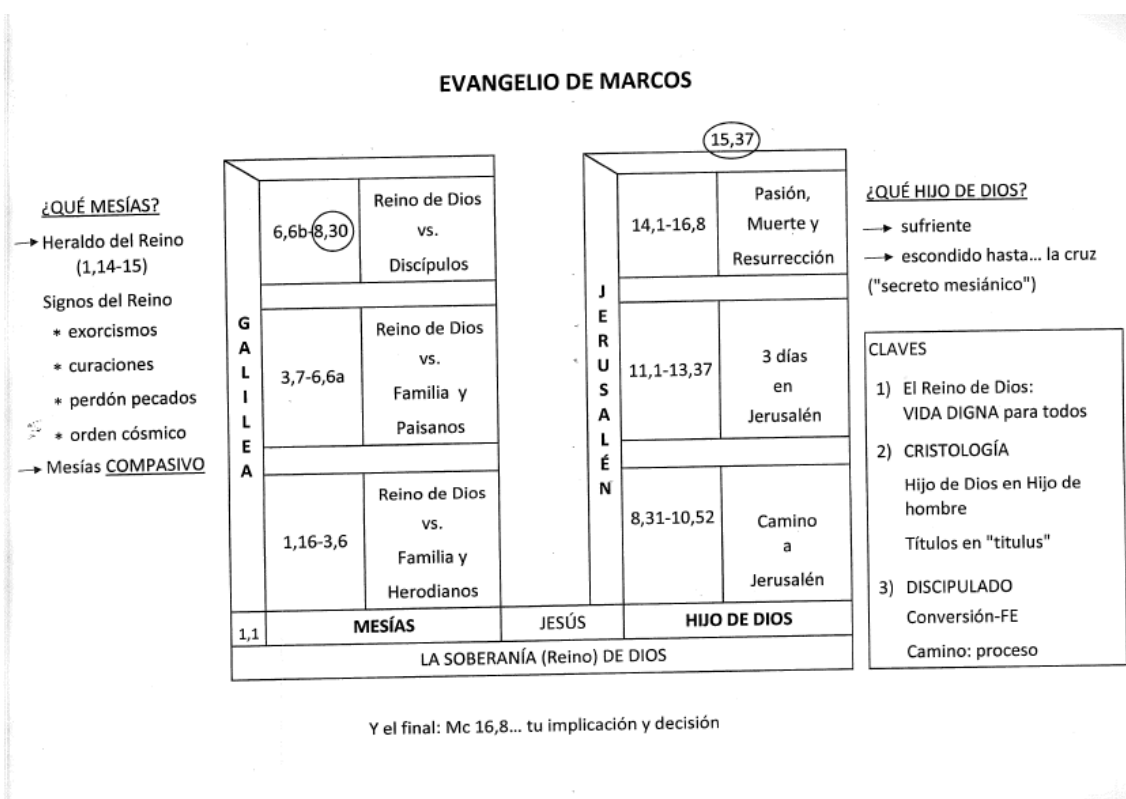
Recordáis el esquema, que presenté en la charla anterior, del evangelio de Marcos, que se presenta como dos edificios de tres pisos. Había una primera parte del evangelio que hablaba de Jesús Mesías, que tenía como tres pisos, es decir, tres secciones en el texto, uno de los cuales, el primero, era la acción de Jesús y la reacción de los enemigos, los fariseos y herodianos. Después, el segundo piso continuaba con la misión de Jesús y la reacción negativa de los paisanos y de la familia. Y el tercer piso, más misión de Jesús y la reacción negativa de los discípulos.

Esta reacción negativa de los discípulos no corresponde solo a ese piso, sino que hace de gozne, de quicio, entre un edificio y otro, entre la primera parte del evangelio y la segunda. El segundo edificio era la segunda parte del evangelio, también en tres secciones, en tres pisos. La primera era la sección del camino, que estaba estructurada en tres momentos en los que Jesús cuenta qué le va a pasar, cuenta su destino. Después, a cada anuncio de Jesús corresponde una reacción negativa de los discípulos: la primera reacción negativa es la de Pedro, el primero de los discípulos, el primero que responde mal; al segundo anuncio de la pasión y muerte de Jesús corresponde la reacción negativa del grupo de los Doce. Jesús había hecho un grupo de Doce, en comunión con Él, y ahora responden negativamente. Y al tercer anuncio de Jesús corresponde la reacción negativa de los dos hermanos Boanerges, los hijos del trueno, Santiago y Juan, los hijos del Zebedeo.

Esto constituye el primer piso del segundo edificio, pero parte del primer piso del segundo edificio ya estaba en el último piso del primer edificio, porque aunque a nosotros nos gusta mucho estructurar el texto evangélico en estructuras cerradas, el texto, en cambio, es algo vivo, y no se le puede encerrar en estructuras cerradas. Aunque la estructura nos puede ayudar a comprender mejor el texto.

Esta primera sección de la parte segunda del evangelio está estructurada en tres anuncios de la pasión, muerte y resurrección, en tres reacciones sucesivas negativas de los discípulos, y luego en tres enseñanzas discipulares de Jesús. De modo que este primer piso del segundo edificio, tiene también tres puertas: la A, la B y la C. La A es el primer anuncio del destino de Jesús, la reacción negativa de Pedro y la enseñanza discipular de Jesús. La B es el segundo anuncio del destino, la segunda reacción negativa del grupo de discípulos y la enseñanza discipular. Y la C es el tercer anuncio del destino, la tercera reacción negativa, ahora de Santiago y Juan, y la tercera enseñanza discipular. Y eso se llama “la sección del camino”, aunque la sección había empezado un poco antes, en Mc 8, 22 o, según otros autores, en Mc 8, 27, en los pueblos de Cesarea de Filipo, en la zona más al norte de la tierra bíblica, cerca del monte Hermón. El evangelista sitúa el inicio del camino a Jerusalén en la zona más alejada de Jerusalén. Ahí comienza la sección del camino, con una perícopa

en la que Jesús les dice a los discípulos: ¿quién dice la gente que soy yo? Y cómo le responden: unos que Juan, otros que Elías, otros que un profeta. Y Jesús les pregunta ¿y vosotros quién decís que soy yo? Y entonces Pedro, el primero para todo, para lo bueno y para lo malo, le responde “tú eres el mesías”. Pero ahora, al decir: “tú eres el Mesías”, en Pedro y los discípulos está funcionando un imaginario peligroso en el mundo Judío. ¡Claro que esperaban al Mesías!, y de hecho aún lo siguen esperando, pero esperaban un mesías que o bien era un juez, un gran legislador, o un gran militar, o un gran sacerdote, o una mezcla de todo eso a lo grande. Sin embargo, Jesús en esta sección del camino hacia Jerusalén va a insistir en que su mesianismo es ser Mesías en la debilidad, en el fracaso y en la muerte. Aparentes, porque naturalmente detrás de todo está la resurrección. Pero la resurrección ya compete a otro estadio de vida, a otro estadio de cuerpo, a otro estadio de todo que no conocemos. Como suelen decir con cierta sorna “de allí no ha venido nadie para contárnoslo”. Pero ahí es donde entra la fuerza de nuestra fe.



Es una sección preciosa. Y es la primera cuaresma, porque es el camino histórico primero que Jesús hizo desde los pueblos de Cesarea de Filipo, al norte hasta Jerusalén, al sur. Quizá nos confunde la geografía y el mapa, porque el norte, Cesarea de Filipo está al norte, pero la cercana Galilea ribereña del lago está muy por debajo del nivel del mar, y Jerusalén está en un monte. Así que el camino es una subida. El camino hacia Jerusalén, aunque en el mapa sea bajar, en la orografía es subir, y subir siempre cuesta. Uno puede llanear muy bien por el camino y va muy a gusto llaneando. Pero cuando el camino se empina entonces ya no hay tantas alegrías, y eso Marcos lo trabaja a nivel textual maravillosamente. Antes, en Galilea, Jesús no paraba quieto en ningún momento, esto se constata con la cantidad de verbos de movimiento que hay acompañando a Jesús: va-viene-entra-sale-baja-sube-pasa...

está continuamente en movimiento. Pero en el camino hacia Jerusalén las cosas se van ralentizando. El evangelista une muy elegantemente dos “subidas”: subir a Jerusalén supone una doble subida: 1) la física de pasar de unos 250 metros bajo el nivel del mar a 800 y pico en Jerusalén, que son más de 1000 metros de desnivel. 2) Y subir a Jerusalén es también una subida teológica, porque sube a la ciudad Santa, tomada por un sistema religioso y por unas autoridades religiosas que desde el principio se habían mostrado hostiles a Jesús. Y, por tanto, Jesús va a la guarida del lobo y sabe que va a la guarida del lobo. Asume las consecuencias. El problema es que los discípulos no quieren asumir esas consecuencias. Esto es muy actual, porque muchas veces a nosotros nos gusta ser cristianos en lo que tiene el cristianismo de amabilidad, en el sentido de vida comunitaria, de relacionalidad, cosas que no nos duelen. Pero claro, cuando empieza a tocar muchos aspectos que nos tienen que hacer configurar nuestro modo de vida – como la menor dependencia del dinero y compartir, como perdonar y olvidar, y muchas cosas así – entonces ahí nos cuesta.

Así es el cristianismo que sigue a Jesús. Les costaba a aquellos discípulos históricos y también a los actuales, en lo que tiene de entrega total a la voluntad de Dios. Una entrega que conlleva pasión, es decir: detención, tortura, condena injusta, ejecución a nivel humano. Y Marcos es muy duro, no le tiembla la mano a la hora de poner las cosas claras. Jesús muere en Jerusalén – usando una expresión dura – “como un perro”: solo, abandonado, incluso de Dios, si tenemos en cuenta el grito desesperado de Jesús “Dios mío por qué me has abandonado”. Las lecturas más bien-pensantes dicen que está citando un salmo. Pero no. Todo el evangelio está hablando de la tragedia y la dramaticidad que tenía el momento. Así se expresa la absoluta entrega hasta el final, hasta el último suspiro, hasta el último aliento, de un Jesús que siempre había sido el heraldo de la soberanía de Dios, heraldo del reino, y que estaba dispuesto a darlo todo por Dios.

Vamos a sacar los elementos más llamativos, más importantes, primero de lo que es el destino de Jesús y asumir cómo él asumió un destino de sufrimiento. Segundo, lo que son las pegas que ponen los discípulos. Y tercero, cómo de las reacciones negativas de aquellos discípulos, podemos encontrar algo que dé con nuestras reacciones negativas: así me voy a ceñir a la enseñanza discipular de Jesús, en qué insiste Jesús cuando los discípulos no quieren entender que hay que hacer un camino. Todo discípulo, todos nosotros tenemos que hacer un camino hacia Jerusalén. Y finalmente entregarnos del todo para que quedemos a merced de los enemigos del Reino de Dios. Y luego Dios dirá.

PRIMER ANUNCIO DEL DESTINO DE JESÚS: Mc 8, 31-33

ANUNCIO

Es el primer anuncio. Aquí hay que destacar las palabras y la actitud de Jesús, los verbos de su destino en Jerusalén, y los responsables del destino. Hay una palabra que ha causado mucho disgusto a la interpretación bíblica y todavía mucha gente lo rechaza: que esté Dios detrás de la muerte de Jesús. Como sí lo está.

Y por otro lado también destacar la forma de hablar de Jesús, la parresía, la franqueza.

El texto dice: “Comenzó Jesús a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que sufrir mucho, y que sería rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley. Les dijo que lo iban a matar, pero que resucitaría a los tres días. Esto se lo advirtió claramente. Entonces Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderle. Pero Jesús se volvió, miró a los discípulos y reprendió a Pedro diciéndole: ¡Apártate de mí, Satanás! Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres”.

No empieza diciendo “y les enseñó”, sino “y comenzó a enseñarles”. Comenzó pero luego va a seguir haciéndolo. El verbo que tiene enjundia teológica es que “era necesario que el Hijo del Hombre padeciera y resucitar después de tres días”. Este es el anuncio. Y aquí tenemos responsables humanos: los ancianos, o sea, los senadores, los miembros del sanedrín (no los ancianos de edad), los sumos sacerdotes, los que tenían la autoridad en el templo, y los escribas, los doctores de la Ley. Los entendidos en la Biblia por decirlo de alguna manera. Es decir, toda la gerencia política y religiosa del judaísmo. Jesús quedaba en manos de ellos. En sus manos iba a padecer mucho. ¿Quién se puede apuntar a padecer mucho? Ser rechazado, ser muerto.

Pero luego ese “era necesario”, el verbo *dei* ha dado mucho que hablar porque es un verbo que siempre se usa para hablar de la voluntad de Dios. Hay veces que alegremente – quizás demasiado – la teología ha insistido mucho en que Dios quería, estaba en su voluntad que Cristo muriera como murió, sin atender tanto a las razones históricas de por qué murió y cómo murió. Pero fijos en el detalle: el sujeto de ese ser necesario es Dios, sí, mientras que ser rechazado por escribas, doctores de la ley, sumos sacerdotes, ancianos del pueblo... morir, son las acciones que corresponden a esos actores, a los dirigentes. Luego la última acción – resucitar – es la que le compete al “era necesario”, a Dios. Dios está detrás de todo, pero solo el evangelista puede poner a Dios como “responsable”, entre comillas, de la muerte y rechazo de Jesús, porque la cadena de acciones desemboca en la resurrección, y es tan fuerte el impacto que vive la primera comunidad cristiana al ver, al contemplar, al experimentar que Jesús ha resucitado, que por esa fuerza le quita valor o le da sentido a todo lo anterior. Esto ha dado pie a la teología sacrificial durante mucho tiempo a insistir en la muerte y en el carácter sacrificial de la muerte de Jesús, carácter expiatorio. Pero sin insistir en esta clave: que la acción de los actores humanos es rechazar mientras que la acción de Dios es resucitar. Como la fuerza de la resurrección es tan grande y la luz que da es tan grande a los ojos de la primera comunidad, tapa todo el proceso, se atreven a poner – aún siendo una osadía – a Dios detrás también como responsable de la propia muerte de Jesús.

Pero Jesús no murió porque Dios directamente quisiera. Hay textos que también van en contra de esa teoría. Por ejemplo, en la parábola de los viñadores homicidas, en un momento determinado el dueño de la viña, que es Dios, dice “voy a mandar a mi hijo, porque a mi hijo le respetarán”. Por tanto no está tan claro, consideradlo una licencia, que ya estaba Dios pensando, cuando hizo el mundo, crear los montes con su mina de hierro con la que hacer los clavos para crucificar a Jesús (!!).

Ahora, lo que sí es cierto es que la fuerza de la resurrección, su luz es tan imponente que cubre todo lo anterior. El lenguaje es analógico, nos acerca un poco al misterio, pero no lo

acaba por explicar, siempre queda algo – o mucho – de misterio. Imaginaos que un día uno va en un coche con sus padres al médico y tiene un accidente. En el accidente mueren los padres y él se queda medio muerto, Pero cuando llega al hospital le atiende una chica, una enfermera súper-simpática, súper-majísima, y él va mejorando y como os podéis imaginar, llega a enamorarse, se casan, tienen unos hijos maravillosos, todo les sale bien, son maravillosamente felices. Los hijos estudian, se colocan, viven una ancianidad felicísima. Con cien años siguen igual que el primer día. Si alguien le pregunta “¿Qué opina de aquel viaje en el que tuvo el accidente?” dirá seguramente: bendito sea Dios que me ha dado tanta felicidad. No es la mejor manera de explicarlo, pero cuando uno tiene una experiencia de Jesús resucitado tan honda y tan impactante como la tuvo la primera comunidad cristiana, no le duelen prendas en decir que lo de la pasión sucedió y tuvo que pasar porque Dios lo quiso. Pero no lo dice al principio de la pasión, sino después de la resurrección, después de haber experimentado la resurrección.

¿Qué nos pasa a nosotros muchas veces? Que experimentamos con mucha crudeza el lado de la pasión, en nuestra propia vida, pero no experimentamos con tanta firmeza y con tanta fuerza la resurrección. Esto lo sabemos los curas muy bien. Hacer llorar a la gente de la parroquia el día de viernes santo es fácil (poniendo un Cristo doliente en un lado oscuro, escuchando la “lacrimosa” de Mozart a todo volumen y diciendo que somos pecadores, y que nuestros pecados habían matado a Nuestro Señor...), pero hacer reír el día de la Vigilia Pascual, trasladar el gozo pascual, no me digáis que no es difícil, porque no tenemos tan diáfana la experiencia. Y ellos si la tenían. La resurrección les impactó tanto que les hizo quitar – por decir así – importancia a la pasión.

REACCIÓN

Lo importante es la reacción de Pedro. Porque Pedro lo tomó aparte. Estaban todos juntos, Jesús y los discípulos, y Pedro toma a Jesús aparte, es decir, lo separa del grupo, y le dice riñéndole, abroncándolo. El verbo es muy fuerte: *epitimao* es un verbo que se usa para echar demonios, es decir, Pedro está tratando de endemoniar a Jesús al usar ese verbo. Pedro hace dos pecados: primero separar a Jesús del grupo, porque lo toma aparte, un pecado que también podemos cometer nosotros, llevar a Jesús a nuestro huerto, a nuestro interés, y apartarlo de la comunidad. Y después abroncar a Jesús, con el verbo que Jesús usa para echar los demonios. Separar a Jesús de la gente y tratarlo como un endemoniado (¡!).

La primera reacción de Jesús es arreglar el primer desaguado de Pedro: “Pero Jesús, volviéndose al grupo”, recuperando el grupo, recuperando la comunidad, “y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro”, Jesús vuelve a usar el mismo verbo, y le dice “ponte detrás de mí, Satanás, porque pones...”.

Hay traducciones que dicen “apártate de mí, Satanás”. Pero “apártate” de ninguna manera, porque Jesús no es como nosotros, que cuando alguien te hace algo tú le apartas y ya, nada más; no quieres saber nada. Jesús no es tan caprichoso. Jesús le dice a Pedro que se coloque en su lugar. ¿Cuál es su lugar? El que va detrás. El discípulo va detrás del maestro, y Pedro se ha puesto delante para marcarle la agenda de lo que le puede pasar o lo que no le puede pasar. Jesús reconstituye la comunidad y le pone a Pedro en su sitio, en el sitio del discípulo. Entonces le llama Satanás.

Tiene mucha importancia que llame Satanás al primero de los discípulos; en Mateo Pedro pasa de ser piedra de la Iglesia a ser piedra de escándalo, Satanás¹. Aquí nadie tenemos ya la cosa hecha por ser esto o lo otro. Siempre tenemos que estar en un proceso de perfilamiento de nuestro discipulado y de mejoramiento de nuestro discipulado.

INSTRUCCIÓN

Voy a destacar una cuestión que es de gramática. Yo trabajo la biblia desde la gramática, desde la filología. Podían haber hecho una película, pero utilizaron palabras, y son las palabras las que nos dan la marca de las cosas.

La primera respuesta de Jesús es “si alguien quiere venir detrás de mí”, si alguien quiere, si quieren seguirme, detrás.

Y luego 3 verbos: niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame.

Primero enfatizar el ir detrás. Uno que sigue ya va detrás. Me gusta insistir en esto: nosotros estamos acostumbrados a pensar que si me falta algo voy a buscarlo y ya está. Voy a escribir, y si me falta un papel cojo un folio de la caja de papel, y si me falta, compro 500 folios. O boli, que tienes bolis por todos lados. Pero en aquel tiempo el material para escribir era escaso y caro. La tinta escasa y cara, y los papiros y pergaminos. El proceso de escritura era muy selecto. De modo que cuando un evangelista escribe o repite cosas que por sí ya estaban dichas es porque allí hay miga.

Aquí dice: “si alguien quiere seguir detrás de mí”. La palabra seguir ya implica ir detrás. Por tanto hay maneras de seguir que no son acertadas. Somos los cristianos los que vamos detrás de Jesús. El que sigue a Jesús va detrás. A Jesús lo encontramos en unos lugares y no en otros, en unas opciones y no en otras. Si él entra allí, aunque ese allí no me guste mucho, yo también tengo que entrar. Si él hace eso y a mí no me gusta mucho yo también tengo que hacerlo por cuestión del seguimiento. Y ahora los tres verbos: Niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga.

Curiosamente la importancia no la voy a poner ahora en los verbos, sino en los pronombres. El primer pronombre es “a sí mismo”. El problema es que en castellano no tiene esta expresión tanta fuerza como el griego que está detrás, el *heanton*, que es un pronombre personal. Pero la insistencia está en el *he*, el yo **mismo**, el centrarme en mí mismo. El cargar con su cruz: su es de él, de cada uno. Aquí está el *autou*, no el *heanton* de antes. Y después “sígame”, a mí, *me*: Jesús.

Si decimos que Jesús nos pide negarnos a nosotros mismos, negar nuestra persona, no ser nosotros, estamos estropeando todo lo que en la primera parte del Evangelio había hecho Jesús con los 12, que hizo a doce, “*estos*” doce (capítulo 3), cada uno con su nombre. Cada nombre es una manera de ser, una forma de pensar, una forma de vivir. Y en la biblia cada nombre es la expresión de lo que la persona es, aquello por lo que se le puede reconocer. El nombre lleva lo más íntimo y lo más propio de cada persona. Si Jesús no hubiera hecho

¹ Mt 16, 18.23 Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra voy a edificar mi iglesia [...] Pero Jesús se volvió y dijo a Pedro: -¡Apártate de mí, Satanás, pues me pones en peligro de caer!

esos doce, si sólo hubiera hecho doce, habría hecho una masa amorfa, unos discípulos troquelados, todos iguales, todos vistiendo igual, todos aspirando a lo mismo... Para eso mejor que nos hubiera hecho pelotas de névea, grandes, y vamos botando todos iguales por todo el universo. Pero no, hizo *estos* doce, cada uno con sus “cadaunadas”. No es, entonces, negarnos a nosotros mismos. Aquí tal y como está diseñado el texto es: cargar con la cruz, la persona que tiene que asumir su ser personal: aquí cargar la cruz no es cargar con el destino de Jesús sino cargar con el proyecto de vida, que es una cruz porque la vida es dura, y antes era mucho más, y hay que cargar con nuestras debilidades y nuestras fragilidades y nuestro modo de ser. Para ser nosotros mismos – en castellano se estropea lo que significa en griego – tenemos que renunciar a fijarnos en nosotros mismos, es decir, a poner en el centro de mi vida a mí mismo. Esto es lo que hay que negar, para ser yo tengo un peligro, que me centre en mí. Creyendo que centrándome en mí voy a ser más yo. Y eso es un espejismo. Esto no lo dice solo Jesús. También la psicología personalista dice que el “tú”, un “tú” es el que al “yo” le hace emerger como verdadero “yo”. Esto los matrimonios lo entendéis perfectamente, porque la media naranja es la que os hace emerger vuestro propio ser, sobre todo si os seguís queriendo como el primer día.

No hay que negarnos a nosotros en lo que somos, en lo que pensamos... no tenemos que andar con cilicios mentales para decir que no podemos pensar así, etc. Tengo que afrontar el proyecto de mi vida, el *autou*, la cruz propia, la vida única, el proyecto personal, el de cada uno de nosotros. Pero para desarrollar mi proyecto tengo que evitar un espejismo, que es centrarme en mí mismo, que yo sea la medida de todas las cosas y yo sea “yo-yo”, “mi”, “me”, “conmigo”. Este es el camino a evitar.

Y el camino a abrazar es el acoger al “*me*”, a la persona de Jesús. Para ser “yo” necesito de Jesús, porque abriéndome a Jesús, él me hace ser “yo”. Esto va en línea con todas las acciones de Jesús personalistas en el evangelio, con la imagen preciosa de agarrar de la mano, levantar, y luego cada uno hace lo que le da la gana. La suegra de Pedro se pone a servir, la hija de Jairo se pone a comer, otro se pone a difundir el evangelio por no-se-dónde, etc. Cada uno tiene su proyecto. Todos los que son levantados por Jesús no hacen lo mismo, no todos se ponen a servir, ni todos se ponen a comer, ni se ponen a evangelizar. Cada uno tiene sus “cadaunadas” y tiene derecho a ello. Pero para destacar el más genuino “tú”, tu proyecto, tu persona, tienes que abrirte a un “tú” que te lo destaca. A este nivel es muy clarificador el amor, ese amor que te ha hecho sacar lo mejor de ti y que te ha llevado a compartir la vida con otra persona, un ejemplo muy bonito y muy válido.

El tema de la negación en la vida religiosa ha pasado mucho: “no, no, no. Renuncia a esa idea”. Sobre todo si no gustaba a la madre superiora o al padre prior. Hay que entender bien esto, porque la clave está en los pronombres. Yo soy yo, verdaderamente yo, cuando no me centro en mí mismo sino me desciento hacia Jesús. Esa es la primera enseñanza discipular.

Luego viene un desarrollo sobre el valor de la vida. Hay una cadena de porqués. El valor de la vida, que tantas veces se ha infravalorado (estamos de paso, como que no importa lo que nos pase aquí), en el evangelio no es esta vida de aquí, sino la vida total, esta y la otra. Es una única vida. Platón nos metió ese veneno de romper lo de aquí y lo de allá, la tierra y el

cielo, el cuerpo y el alma... pero Platón no es Jesús, ni siquiera es santo, aunque ha influido mucho.

La vida ahora es así y hay que aprovecharla, hay que vivirla con la vida de los hijos de Dios, ese es el empeño de Jesús en la primera parte del Evangelio, pero la vida no se agota aquí, Ni para aquellos que, despreciando esta vida, dicen “no os preocupéis porque os espera el cielo, así que ahora a aguantar carros y carretas porque luego Dios lo arreglará”. Eso es anti-Jesús en el evangelio de Marcos; ni tampoco para aquellos que defienden esta vida sin pensar que esta vida es simplemente una etapa en la vida de cada uno. Eso también es equivocado según Jesús.

¿Quién quiere seguir y qué significa ir detrás de Jesús? Ir detrás de Jesús es hacerme desde él, no hacerme desde mí. Un ejemplo concreto en el que caemos igual todos. ¿Cuántas veces cuando un problema social, político, económico, étnico... razonamos desde nosotros porque somos de aquí, que si somos de esta clase, si somos de no-se-qué, o desde Jesús? ¿Cuántas veces cuando elaboramos criterios para ver lo que pasa utilizamos a Jesús como referencia? ¿O en esto no tiene nada que ver mi fe? Esos gitanos que vayan a no-se-dónde, esos inmigrantes no-se-cuanto. Muchas veces pensamos como ciudadanos que tienen esta cultura, esta condición social, política... Jesús empieza así: “si uno no quiere”. Y si uno no quiere, tan amigos. Pero si uno quiere, lo que Jesús propone es hacerse desde él.

SEGUNDO ANUNCIO DEL DESTINO DE JESÚS: Mc 9, 30-32

ANUNCIO

Un poco más adelante, este segundo anuncio es importante por la introducción que nos da. Veis que cada anuncio tiene sus características particulares. Aquí el texto dice: *Cuando se fueron de allí, pasaron por Galilea. Pero Jesús no quiso que nadie lo supiera, porque estaba enseñando a sus discípulos. Les decía: –El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; pero tres días después resucitará. Ellos no entendían estas palabras, pero tenían miedo de hacerle preguntas.*

Cuando iban por Galilea, no quería Jesús que nadie lo supiera, porque iba enseñando a sus discípulos. Es decir, a Jesús, que tan entregado estaba a la causa, en este momento sin embargo el evangelista le reserva una posición un tanto peculiar. Va de incógnito con sus discípulos, pero caminando por Galilea. Pero es que no quiere que se sepa que está por allí, porque en este momento la enseñanza discipular es más importante que todo lo demás. Incluso para Jesús. Dedicado por completo a sanar, a hablar del Reino de Dios, a hacerlo presente con sus obras de liberación, hay momentos en los que la enseñanza discipular tiene prioridad. Y ahora, la insistencia narrativa en que no quería que nadie lo supiera porque iba enseñando a los discípulos, se contrapone – paradojas del texto – a lo que es el anuncio más breve y más conciso: el Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y lo matarán, pero después de muerto resucitará al tercer día.

Ahora ya no son los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas. Ahora son los hombres, las personas. Se centra el anuncio en la muerte: lo matarán. Pero después de muerto resucitará al tercer día. La insistencia en la muerte. Y tampoco está Dios de por medio. Ese “era necesario” sólo apareció en el primer anuncio.

Lo interesante aquí está en la simplificación y la generalización. Es decir, ya no son unos “malos más que malos”. Ahora son los hombres, cualquier persona puede entrar en el grupo de los que matan a Jesús. Históricamente nosotros no podemos hacerlo, porque no somos todos tan viejos como para tener dos mil años y haber estado allí en abril del año 30 cuando se supone que fue la muerte de Jesús, el 6 o 7 de abril del año 30. Pero sí que podemos – simbólicamente – estar dentro del grupo. “Hombres” es una palabra tan englobante que nos mete a todos. Hay que estar sobre aviso para ver si no formamos parte de aquellos que sofocan o matan el estilo de Jesús, el anuncio de Jesús. Entonces se simplifica por un lado, y se generaliza por otro.

Estas modulaciones del texto nos dan pie a pensar que el primer anuncio lo podemos leer pensando que eran “aquellos malos, aquellas autoridades malas”, ahora en esa palabra, “hombres, personas”, cabemos todos.

REACCIÓN

Ellos no entendían estas palabras, pero tenían miedo de preguntarle. “Y cuando llegó a Cafarnaún y entró en casa les preguntó: ¿de qué discutáis? Pero ellos callaron porque en el camino habían discutido entre sí sobre quién era el mayor”.

Mirad qué circunstancia. Por el camino Jesús les iba hablando, y ellos discutiendo quién era el mayor. O sea, no haciéndole ni caso. Y cuando llegan ya a casa y en el momento de hablar, porque Jesús les pregunta, ellos se callan. Hablar cuando había que callar y callar cuando había que hablar. ¿Os suena de algo?

Entonces, aquí hay dos cosas, dos palabras clave:

“Incomprensión”. No entendían la palabra y tenían miedo de preguntarle. Es una característica del discipulado en Marcos. Siempre los discípulos en Marcos son especialmente torpes y no es porque Marcos les tuviera manía, sino simplemente porque aquí también se esconde una gran lección discipular. No es fácil comprender a Jesús. Y no podemos darnos por satisfechos como que ya lo conocemos. No es fácil comprender a Jesús. Hay que hacer esfuerzo. El adiestramiento cuesta. Os acordáis de aquella serie, “Fama”, que nos ponían los domingos por la tarde, que decía “buscáis la fama, pero la fama cuesta y aquí es donde vais a empezar a pagar con sudor”. Pues el discipulado cuesta. Y a veces simplificamos a Jesús o damos por hecho que lo conocemos o que lo comprendemos. Hay que discernir bien.

“Miedo”. El miedo es en Marcos lo contrario a la fe. Lo contrario a la fe en Marcos no es el ateísmo o el agnosticismo, sino el miedo. La medida de nuestro miedo – os lo dice uno que tiene miedos por todos los lados – es la no medida de nuestra fe. Si tenemos muchos miedos tenemos poca fe. Aunque luego esa poca fe la podamos disfrazar de no-se-cuántas cosas. Porque no hay mayor enemigo de la fe en el evangelio que el miedo. Con Jesús al lado no hay miedo. Y una frase característica de Jesús mil veces repetida – una exageración pero muchas veces repetida –: “no tengas miedo”, “basta con que tengas fe”. A Jairo, “pero si es que se ha muerto mi hija...”: “no tengas miedo”. Un día habría que hablar sobre lo que es la vida. En el evangelio no es esta vida. Si fuese esta vida, todo era una porquería, al

final ¿qué nos espera? ¡“Dodotís” en el mejor de los casos! Pero somos muy de a ras de tierra, y el profesor de escatología lo dice, lo predica, lo proclama: nos falta completamente el elemento escatológico, que era fundamental en la primitiva comunidad cristiana, ese ansiar a Dios. Eso está recogido maravillosamente en algunas cartas de Pablo. Pero ese ansia de Dios no es otra cosa que ampliar el concepto de lo que es tu vida personal. No es la vida personal de este cuerpo. ¿Qué vas a estar en esta etapa de tu vida: 60, 70, 80, 100 años? No, la vida es más que esta vida, y tu cuerpo es más que este cuerpo. Tu persona es más que esta persona. La palabra “*psijé*”, traducida a veces por alma, es una palabra muy englobante.

INSTRUCCIÓN

Mirad lo que dice Jesús. La palabra clave es eso de lo que estaban discutiendo por el camino, quién era el mayor. La palabra *meizon*, mayor, es una palabra del ámbito del imperio, del servicio al imperio. Es una palabra de honores humanos, de cargos humanos, referida a ambiciones humanas, ser el mayor. ¿Recordáis cuando os dije “el tiempo ha sido cumplido”? Dios da un golpe. Hay un tiempo que ya está muerto para Dios, ya no hay futuro. Está amortizado y empeñarse en ese mundo es perder el tiempo, porque eso ya no tiene futuro en Dios. *Meizon* es una palabra que pertenece a ese mundo amortizado, a ese mundo muerto. Entonces, dice el texto, Jesús se sienta. Ellos están callados; ahora que tenían que hablar se quedan callados. Jesús se sienta, se pone en su posición de maestro. Y esta posición de maestro confiere una autoridad especial a las palabras que va a decir. Entonces, después de sentarse, dice el texto que “llamó a los doce”, les convoca, les pone allí al lado. Se había esmerado mucho en enseñarles por el camino, así había comenzado el texto, pero ellos no habían hecho ni caso. Ahora sí, y les dice: “si uno quiere ser el primero” (antes era si uno quiere seguir detrás de mí) – si uno quiere, si no quiere no – es una invitación perenne de Jesús. No obliga, no constriñe, no te hace decir que sí y si dices que no a ver qué pasa. Fijaos lo interesante que es cuando dice “el mayor”. Si antes usaba la palabra *meizon*, que decíamos que pertenece al mundo del imperio, al mundo finiquitado por Dios, ahora usa la palabra *protos*, primero. *Protos* ya no es de ese mundo, ha cambiado la palabra y ha usado otra para situarnos en otro ámbito. Uno puede querer ser el primero, está bien ser el primero, lo que pasa es que con Jesús todo es al revés... si alguien quiere ser el primero, dice Jesús: será el *eschatos* y el *diakonos*, “último de todos y diácono de todos”. Último y servidor. El principio configurador del servicio.

Una nota textual: no pone literalmente el texto “*el último de todos*”. No hay ningún artículo aquí. Porque determinar es poner un límite, y no usa un artículo determinado. Si alguien quiere ser primero tiene que ser último de todos, sin ninguna determinación, sin ninguna limitación. Y servidor de todos, también sin ningún artículo. Empieza la línea descendente. Así se es primero en la iglesia, en la comunidad de Jesús. Luego los títulos lo arreglan todo. Los títulos lo soportan bien todo. Es evidente que último, si jugamos a serlo, todos no podemos ser últimos. Aquí todos queremos ser últimos y todos no podemos ser a la vez últimos. Porque no se nos está diciendo algo para cumplirlo a rajatabla, sino que se nos está poniendo en una pendiente boca abajo, y a ver cada uno hasta dónde llega.

Como tantas veces en los evangelios se nos dicen unas claves en una dirección de máxima, y entonces cada uno, ayudado por su fe y por la confianza que tiene en Dios y en Jesús, avanza más o menos. Pero si a ti no te gusta quedar último, aparte de lo que significa quedarse último, que es quedar como tonto; ser último no es nada agradable, pero nos marca una trayectoria de seguimiento a Jesús.

Los últimos evocan también el hecho de saber resistir hasta el final. El Padre Nuestro de Gloria Fuertes dice: “tú eres el que se queda cuando todos se van”. Él es el que se queda cuando todos se van, el que resiste. Está en línea con grandes palabras de los evangelios como “resistencia”, “paciencia”, “perseverancia”, “fidelidad”.

No es para que ahora juguemos a ver quién es el más último, sino para que enfoquemos nuestra vida boca abajo, no mirando hacia arriba, al mayor, sino hacia abajo. Aquí también cometemos errores, porque muchas veces por aquí viene el gobernador, y todos se pone en pie y le reciben, le dan la mano... Viene un pordiosero, un pobre emigrante que encima tiene mala pinta, y le decimos “¿Qué haces aquí? Vete por ahí”.

El último. ¿Hacia dónde miramos? ¿Hacia arriba o hacia abajo? Ya lo decía Santiago en su carta: Entra uno rico en la celebración y todos os levantáis para dejarle el asiento en la primera fila. ¡Qué bien tratamos a los grandes y qué mal a los pequeños! ¡Con cuánta solemnidad y con cuánta suavidad, y con cuánta cortesía, con cuánta bobería tratamos a los que menos lo merecen!... Y con cuánta crueldad a los que más merecerían justamente lo contrario.

Esta enseñanza discipular es para que en este tiempo de cuaresma miremos para abajo en vez de para arriba, y no solo es una cuestión física, sino también teológica. No tender hacia arriba sino tender hacia abajo. Ahora está un poco parado el tema del “decrecimiento”, no el crecimiento; ahora se trataba de decrecer, gastar menos, consumir menos, utilizar menos las cosas... para respetar, para poner las cosas en su sitio...

Hay como flechas, nuestra tendencia, el *heauton*, nos hace subir para arriba como un cohete y atender a los de arriba, pero el *me*, si tú quieres ser tú mismo, te hace mirar para abajo y atender a los de abajo, y quedarte con ellos. Esto teológicamente se llama *Kénosis*. No es para que lleguemos todos a la vez a ser el último, porque eso es imposible. Pero sí para que orientemos nuestra vida, en el trato con los demás, abajándonos y vaciándonos.

Uno no baja hacia abajo para acompañar, para estar. Baja para servir. Porque desde abajo se puede levantar, se puede aunar. Se puede cargar a alguien.

El tercer punto de la instrucción es coger un niño. Jesús siempre acompañaba palabras con gestos. Coge un niño, lo pone en medio, para que lo veamos todos. ¿Recordáis otro personaje en los evangelios que se pone en medio? La pecadora (Jn 8, 3b). Cuando se pone alguien en medio es para desenmascarar las falsas seguridades, o las falsas religiosidades de quienes pretendían condenar.

Y aquí está el niño. Esto requeriría explicación, porque ahora que sabemos muchas cosas de lo que pasaba en aquella sociedad, el infanticidio – sobre todo mataban a las niñas – y no solo en Esparta. Había mucha muerte de hijos; claro, no había mucho para comer, era

una boca más... y los que habéis criado ya sabéis de lo que hablo. Había abandono de niños, por eso cuando decía Jesús “el que acoja a un niño como este”, estaba probablemente refiriéndose a que las casas cristianas fuesen casas de apadrinamiento o de adopción de los que estaban solos, porque según los estudios de antropología cultural, había muchos niños abandonados entonces. Habría que tomar este texto al pie de la letra. Y no evita que lo interpretemos en un sentido más simbólico como hacerse niños, acoger a un niño, la figura del niño como la figura de alguien dependiente de otra persona. Dependencia y confianza. Un niño por sí solo no puede salir adelante. ¿Cuántas personas por sí solas no pueden salir adelante? A esto se refiere. Hay tantos problemas, tantas vidas perras, y esa es nuestra carrera hacia abajo.

Y por otra parte es el niño que nos habla de una confianza absoluta en el padre, en la madre. El niño se queda boquiabierto cuando le cuentas cualquier cosa porque cree todo. Esa actitud de infancia espiritual, actitud muy bien sacada en el evangelio de Mateo, pero también con Marcos se podría interpretar por ahí.

TERCER ANUNCIO DEL DESTINO DE JESÚS: Mc 10, 32-34

ANUNCIO

La versión de Lucas va detallando casi paso por paso la Pasión, y es que el tercer anuncio de la pasión en Marcos, sí que nos dice prácticamente la Pasión en pequeñas dosis. “Iban por el camino, subiendo a Jerusalén. Jesús iba delante de los discípulos. Ellos estaban asombrados, y los que iban detrás tenían miedo. Jesús, llamando de nuevo aparte a los doce discípulos, comenzó a hablarles de lo que había de sucederle: –Como veis, ahora vamos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley, que lo condenarán a muerte y lo entregarán a los extranjeros. Se burlarán de él, le escupirán, lo golpearán y lo matarán; pero tres días después resucitará.”

Jesús iba delante, posición del maestro. Y ellos estaban asombrados o asustados, depende de cómo optemos por traducir el verbo “*zambeomaí*”. Y continúa que le seguían con miedo. Vuelve otra vez el miedo. Esa insistencia del texto. ¿Por qué lo repite? Porque nos da miedo ser discípulos. Sobre todo cuando el discipulado afecta a nuestra manera de vivir y de relacionarnos con los demás.

REACCIÓN

Llamando a los doce hacía sí, convocándoles otra vez, les empezó a decir otra vez las cosas que iban a pasar. Ahora subimos a Jerusalén y allí será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas, lo condenaran a muerte, lo entregaran a los gentiles, se burlarán de él, lo azotarán, lo escupirán, lo matarán, pero al tercer día resucitará. Prácticamente esto es ya la secuencia de la pasión en Marcos. Muchos detalles. Pues si tenían miedo fijos lo que les podía pasar. Entonces Santiago y Juan se acercan y la reacción de los zebedeos es pedir un sitio en la gloria, uno a la derecha y otro a la izquierda. Uno ministro de Interior y otro de Asuntos Exteriores. Jesús tiene ese diálogo con ellos. Mateo cambia las cosas y pone de “culpable” a la madre. Marcos no, pone a Santiago y Juan. Mateo, que siempre tiende a salvar a los discípulos cada vez que puede – Marcos ha sido demasiado duro con ellos sin

duda, quizás por una opción teológica o catequética – Mateo tiende a salvarlos porque él era discípulo, y aquí le “culpa” a la madre. Pero en ese diálogo ellos reaccionan muy bien: “sí, estamos dispuestos, vamos a beber el cáliz y ser bautizados...”. Entonces Jesús les dice que lo harán, pero los puestos los tiene reservado el Padre del cielo. Pero ahora ¿qué pasa cuando uno quiere ser grande?, porque vuelve a aparecer el tema. Cuando uno aspira a cosas grandes crea desasosiego y tensión en el grupo, en la comunidad. La comunidad se estropea y se resiente cuando la ambición de algunos de la propia comunidad pretende imponerse. Hay que tener cuidado también con esto. Nuestros protagonismos, nuestros celos, nuestras cosas de querer ser, de querer estar en ese puesto y ocupar puestos... crea tensión interna. Pero el texto dice que los otros diez se irritaron cuando lo oyeron.

El “pecado” de Santiago y Juan es que al destapar su ambición crean tensión en la comunidad, pero tampoco la tensión es positiva, porque el verbo “irritarse”, “enojarse”, en el uso del evangelio de Marcos siempre es un verbo típico de los enemigos de Jesús, de los sumos sacerdotes. Decimos “es que tenemos derecho”, “es normal que nos enfademos”. No es normal que nos enfademos. La vida comunitaria, discipular, no encuentra excusas, cuando un sentimiento es malo nunca tiene que buscar excusas, ni siquiera en el error de los demás. Todo va en el mismo paquete negativo. La ambición de Santiago y Juan pero también la irritación de los 10.

INSTRUCCIÓN

Y entonces, la última lección discipular. Jesús dice “viendo que se estaban irritando, los convoca a sí, los reúne. Es la imagen de la gallina que acoge a sus polluelos. Jesús es el centro de referencia de la comunidad, porque la comunidad es convocada por Jesús.

Dice que los que son tenidos como gobernantes se enseñorean sobre las gentes y ejercen sobre ellas la potestad, pero no así entre vosotros, sino que el que quiera ser – o llegar a ser – grande (pero no es el término “grande” que había al principio, porque no es el ámbito del imperio), será el servidor de vosotros y esclavo de todos. Habíamos dejado que eran “últimos” y “servidores”. Ahora retoma el “servidores” y añade “esclavos”, pero marca “entre vosotros”, a la comunidad. El ímpetu es importante.

Lo que hay que destacar es “los que se tienen por grandes” y los “poderosos”. Las traducciones no pueden traducir bien los matices de las palabras originales. Son verbos que no se pueden traducir bien al castellano porque no hay palabra que pueda reflejar todo lo que significan, se les quita algunos detalles. Los verbos *katakryioo* y *katexousiazoo* - que en cada biblia se traduce de diferente manera -, tienen en el núcleo una palabra sagrada. En el primer caso el centro es *kyrios*, Señor. Es una confesión de fe. Señor. Pero el sustantivo se hace verbo: *kyrio*, ser señor. Y luego se le pone la preposición *kata*, y resulta así el verbo que emplea Jesús. Se puede traducir por enseñorearse. El matiz negativo es esa preposición: *Kata*, que vehicula la idea de arriba abajo, pero aquí en sentido negativo. Cuando dice Jesús en Mateo 23, “¡ay de vosotros, que cargáis fardos pesados encima de la gente...!” Este es el *kata*, el hacer caer el peso de algo sobre alguien. ¿Qué pasa cuando cae el peso de algo sobre alguien? Que le dobla. Y si le dobla tanto como para ponerle a cuatro patas parece un animal. Y el acto creacional de Dios es erguirnos, el poder estar de pie, justificado como dice Pablo, estar recto ante Dios. Vivir dignamente porque todos somos creación de Dios,

hijos de Dios. Es entrar en relación con los demás. El corazón del verbo es una palabra sagrada (Señor), pero cuando esa palabra sagrada se hace sobre los demás estás haciendo un sacrilegio y convirtiendo una palabra que era como una confesión de fe en algo blasfemo contra Dios y contra su acto creacional. ¿Cómo entramos en relación con los demás? ¿Para imponernos, o para levantarles y ayudarles? ¿Nuestras palabras hacen crecer? ¿Cómo son los tratos que tenemos con los otros?

El segundo verbo tiene por corazón el término *exousía*, que significa autoridad. Es la palabra por la que Jesús es conocido en el evangelio de Marcos. Hace poco leíamos en una eucaristía que la gente se quedaba pasmada porque Jesús hablaba con autoridad, porque eso no lo hacían los escribas. La palabra *exousía* significa autenticidad. Que Jesús dice lo que es, no solo lo que sabe. Jesús dice lo que sabe y lo que sabe es lo que él mismo es. A veces lo reducimos porque si decimos lo que somos no coincide. Es la armonía entre lo interior y lo exterior, entre el sentimiento, la palabra y la obra. Por ahí va el Papa Francisco, que seamos auténticos, que no disfracemos. El verbo que usa Jesús convierte el sustantivo *exousía* en verbo (*exousiazō*, ser autoridad), podemos inventar para traducirlo la palabra “autoricear”. Pero si añadimos el *kata*, de arriba abajo, ejerciendo un poder. Algo que era sagrado, que era la marca de Jesús (autoridad), cuando se hace acción contra alguien, entonces se convierte en lo peor. Y ahora viene la negación más absoluta que tenemos de Jesús en el evangelio: “no así entre vosotros”. Es un imperativo. No tiene que ser así de ninguna manera, porque el que quiera ser grande tiene que ser grande a nivel humano en ese mundo que no existe para Dios. Ser grande para Jesús es ir de abajo arriba, ponernos servidores y esclavos de todos, para desde abajo levantar a la gente como levantaba Él. Entonces en nuestro trato, en nuestra manera de hablar y de relacionarnos ser personas que ayuden a crecer.

Hay una canción de Maldita Nerea que dice “necesito verte aquí, tu mirada me hace grande”, es algo que expresa la mirada de Jesús. Pero a veces tenemos la experiencia de que miramos y que cuando miramos hacemos pequeños a los demás. Son miradas severas, o somos mirados así.

Ese es el camino a Jerusalén, la primera cuaresma.

Me he excedido en el tiempo previsto y acabo aquí.

CONCLUSIÓN

La primera alerta que nos avisa es querer ser desde mí. Hay que ser desde Jesús.

La segunda es querer ser el mayor, entrar en el mundo pagano, en el mundo del imperio ya finiquitado, porque “el tiempo ya ha sido cumplido”.

La tercera es querer imponerme en la comunidad y enseñorearme.

La primera lección de Jesús: ¿Quieres ser tú de verdad, desarrollar tus capacidades y potencialidades? Ven a mí y sé tú desde mí. Niégate a ti, no te encierres en ti, descéntrate. Cuando toda la psicología personalista insiste tanto en esto, ya no es cosa de curas.

La segunda lección: ¿Quieres ser grande? Olvídate de ser grande en ese mundo que ya no existe sino en el mundo que existe para Dios. Y si quieres ser el primero ya sabes lo que tienes que hacer, ser el último y servidor.

La tercera lección: ¿Quieres buscar esos lugares de honor que rompen la comunión y la comunidad? Sigue esa cadena descendente para bajar hasta abajo y haciéndote esclavo seas capaz de levantar a otros, y hacer crecer a otros.

OTROS TEMAS

Los evangelios no están escritos de “pe” a “pa”. Marcos no fue un escritor que se propuso empezar a escribir el evangelio de Jesús, y comenzó diciendo “comienzo del evangelio de Jesús, Mesías, Hijo de Dios, como está escrito en el libro del profeta Isaías...”. Ningún evangelio está así. Son evangelios compuestos sobre materiales orales que la gente se contaba entre ella. La comunicación oral tiene sus propios recursos. Esa comunicación luego se escribía para tenerla como referencia de la catequesis, que se hacía entre los grupos cristianos. Cuando Marcos, el primer evangelista, se pone a escribir el evangelio tenía mucho material, que proviene de distintas manos y distintas bocas. Es como los patchwork, las telas que se hacen de diferentes telas. El evangelio es un poco así, hay que detectar en cada unidad textual qué movimiento tiene. Es como una sala de baile, unos textos te invitan a bailar de una manera y otros de otra. Porque los textos, cada uno es distinto, y hay que tratar de llegar a captar hacia dónde te lleva el texto. Insisto que la previa es preparar lo que se pueda saber sobre el texto, su historia, su contexto, su autor... y eso lo dan los grandes comentarios. Pero eso te prepara para luego entrar en una lectura orante en la que esas cosas son menos importantes si Dios no quiere que sean importantes, porque Dios te puede mover en otra dirección. Él es el Señor del texto.